

se sirvió él mismo de la ciencia que tanto recomendaba. Y, sin embargo, todos los asistentes se sintieron, en adelante, autorizados a celebrar las bondades de las matemáticas, a difundir la buena nueva de un saber ritualizado desde su origen.

La cátedra de matemáticas tuvo una existencia que necesariamente coincidió con las residencias de Mutis en la capital, hasta cuando la asumió alguno de los discípulos formados por él –Fernando de Vergara y Caicedo, en 1786³³. La historia de la educación se ha ocupado de establecer la modernidad de los pένsumes³⁴, sin saber si éstos se articulaban y de qué forma con la sociedad neogranadina. ¿Estaban los alumnos en capacidad de asimilar esa información y qué sentido tenían para ellos las reformas que se introdujeron?³⁵ Porque la modernidad de la cátedra no es garantía de adecuación y aceptación social de una determinada área del conocimiento, puesto que las expectativas de la sociedad “difusora” y la “receptora” no son idénticas.

En la Relación de Mando elaborada por Mendinueta en 1803, se aclaran algunos puntos importantes. En primer lugar, la cátedra de “matemáticas y física moderna”, establecida en el Colegio del Rosario bajo la dirección de Mutis, no había podido ser atendida personalmente por su titular debido a sus “vastas ocupaciones”. En segundo lugar, Mendinueta había nombrado, como había hecho antes el Arzobispo-Virrey, un sustituto propuesto por el propio Mutis. Tercero, y sin duda más importante, la existencia de la cátedra era meramente nominal: “Carece de rentas y aun de discípulos, porque no abre carrera para las demás ciencias, como la filosofía escolástica, y faltando todo estímulo para la aplicación de la juventud, no es de extrañar se mire con indiferencia un estudio tan útil³⁶. Que pareciera útil a los ojos del Virrey era cosa muy distinta a que lo fuera para los estudiantes. Estos se orientaban hacia las carreras del sacerdocio o la jurisprudencia, con la esperanza de conseguir un empleo, alcanzar posiciones en la burocracia o manejar los pleitos de la familia. Las matemáticas y la física estaban fuera de lugar.

33 Mutis ocupó esta cátedra en dos períodos, con interrupciones: 1762-1766 y 1770-1777. Permaneció alejado de Santafé y ocupado de sus empresas mineras: entre 1766 y 1770, en Montuosa Baja (Pamplona); y de 1777 a 1782, en El Sapo (Ibagué). Amaya, 1986: 18.

34 Como hace Martínez, 1984: 99-101.

35 Naturalmente tendríamos que saber primero, si hubo o no alumnos y si las cátedras se dictaron efectivamente. En caso afirmativo, surgiría la cuestión de cómo se reclutaban, qué incentivos sociales y motivaciones estaban en juego.

36 Colmenares, 1989: V. 3, 92.

La discusión sobre el sistema copernicano tuvo un carácter ritual en el que las teorías mismas eran lo menos importante. Alrededor de las universidades conventuales se libraba una lucha por el poder que enfrentaba a la administración borbónica, representada por el Fiscal Moreno y Escandón y los virreyes, contra la orden de los dominicos. Cada una de las partes elevaba ante el Rey sus argumentos e invocaba la conveniencia del Imperio. De suerte que la célebre polémica desatada en los claustros de la universidad en el año de 1774, solo podía tener sentido ideológico. Su origen revela a los dominicos en defensa de su privilegio de otorgar títulos, un verdadero monopolio desde la expulsión de los jesuitas³⁷. Cuando la administración borbónica contemplaba, por fin, la creación de la Universidad Regia, la polémica alrededor de las teorías de Copérnico debería servir fines opuestos para los bandos enfrentados: los dominicos seguramente esperaban demostrar el carácter potencialmente peligroso de la nueva filosofía; Mutis, apoyado por el Virrey y el Fiscal, dejaría en evidencia el poco sometimiento de la orden de los predicadores al real patronato.

En sus disertaciones, sustentaciones, querellas y recapitulaciones, Mutis abrió la oportunidad para que el reducido núcleo que conoció y se interesó por sus planteamientos se informara sobre el estado del asunto en España y en Europa. No cabe pedir más que aceptación pasiva y debate inocuo. La sola información no los situaba en las fronteras del conocimiento, aislada como estaba, al igual que Mutis, del caldo de cultivo que la sustentaba. En el plano de la historia de las ideas se hace difícil distinguir en las exposiciones de Mutis –y sucesivamente en las de sus allegados y discípulos– qué tanto de sus comentarios sobre la polémica o sobre la obra de Newton le correspondían a él, o a ellos, y cuánto extractaban de los epígonos españoles³⁸. Esta célebre discusión, con sus escasos efectos para la ciencia misma, deja ver un proceso de difusión en que la ciencia se impone como representación y se justifica por sus alianzas con el poder. El conocimiento como experiencia subjetiva individual pasa a un plano secundario, si se quiere, irrelevante³⁹.

37 J. T. Lanning demostró esto cuando escribió en 1944: "A principios de 1774 se propaló la especie de que la Junta Superior de Temporalidades se preparaba a dictar algo concreto y drástico en relación con la educación superior. Pensaron los dominicos anticiparse a tal medida, y aprovechando que continuaba el estatus quo, decidieron precipitar una controversia acerca del sistema de Copérnico entre los peripatéticos y los modernistas; creían con ello enturbiar y demorar las disposiciones esenciales relativas a la educación superior". Negrín Fajardo, Olegario y Soto Arango, Diana, 1985, ampliaron esta argumentación que había quedado sepultada en el alud de escritos acrílicos sobre esta polémica.

38 Martínez, 1984: 124-133.

39 Esta perspectiva está en Subirats, como una característica del pensamiento ilustrado español. Subirats, 1981: 90-94.

Mutis participó también en la redacción de sucesivos planes para la enseñanza de la medicina (dos en colaboración con Miguel de Isla, 1802, 1804, y dos enteramente suyos, 1801, 1805). Recogió los cambios educativos puestos en marcha en España, “recomendando los textos que se utilizan en los planes de reforma españoles los cuales son producto de la primera mitad del siglo XVIII y que son ya un poco anticuados”⁴⁰. Con todo el interés que tiene establecer las orientaciones seguidas en los programas nuevos, también en este caso falta saber cómo se adecuaron a las especificidades del virreinato⁴¹. Con sólo examinar las bondades de los planes no se sabrá siquiera si se pusieron en práctica, y mucho menos se intentará explicar las razones de tanta frustración. Por ahora basta con señalar que la cátedra de medicina no tuvo mejor suerte que la de matemáticas, a juzgar por la información de Mendinueta en su Relación de Mando: “no hace mucho tiempo era una de las constitucionales o de fundación, y alguna vez hubo quien la regentase; pero por la mayor parte ha estado vacante”⁴².

La información de Mutis sobre los recientes adelantos científicos; su insistencia en “apartar los ojos de la España detenida”⁴³; y su decisión de poner a este Nuevo Reino a tono con la Europa Ilustrada y al día sobre los paradigmas científicos; todo esto, calificado como la “modernidad” del pensamiento de Mutis, ciertamente representó una novedad en el Nuevo Reino. Pero ahora comprendemos mejor su sentido. Ya se mencionó su carácter ritual, ahora se descubrirá su rostro.

El nuevo estatus de catedrático que se disputaban los círculos intelectuales criollos, en oposición a las autoridades universitarias no secularizadas, estaba asociado a una serie de obligaciones de desempeño y a unas imágenes muy claramente delimitadas. El modelo era Mutis, por su erudición, que le permitió ser maestro de maestros. Le seguían sus discípulos aventajados, entre quienes invariablemente la historiografía

40 Quevedo y cols., 1985: 73.

41 Al discutir los adelantos de los planes de Mutis, con respecto a España, como hace Quevedo, hay que estar alerta sobre los requisitos que exigía su adaptación. ¿Cómo adquirirían los estudiantes los conocimientos de matemáticas, química, física, fisiología? ¿En los libros? ¿Las disecciones de animales y cadáveres se repasaban en los textos? Y si así fuera, ¿en qué se convertían los planes? ¿Para qué buscar tanta “solidez” lógica, metodológica y epistemológica en los proyectos, si no es para mostrar cómo se desdibujan las realizaciones?

42 Colmenares, 1989: V. 3, 92.

43 “Razón será, señor, —decía Mutis— sacudir el pesado yugo que nos oprime en el camino de las ciencias: pues si en España va rayando la aurora del claro día que nos anuncia la suspirada reforma de los estudios, no siendo su antípoda este Nuevo Reino, no le faltan más que las cinco horas de la dilatada y oscura noche en que ha vivido”. Mutis, 1983: V. 2, 113.

destaca a Félix Restrepo, como puente de contacto entre Mutis y Caldas, el integrante más productivo de la Expedición Botánica. Como bien supo verlo el más sobresaliente de sus alumnos, un abismo separaba el discurso del catedrático y su práctica: “Restrepo ha hecho mucho bien a Popayán, lo conozco; ¿pero merece ponerse al lado de Jussieu? No nos deslumbremos, ellos han sido grandes porque nosotros éramos pequeños. Restrepo tiene un alma grande, pero envejecida en los primeros principios; no ha dado un paso, y creo que al fin de cada curso está al nivel de sus discípulos”⁴⁴.

Menos crítico y distanciado que Caldas, en su Historia de la Expedición Botánica, Vezga, sin perturbarse, describe los mecanismos de transmisión del saber que posibilitaron el ascenso de los catedráticos: “a la par que él [Mutis] enseñaba la nueva filosofía en el colegio del Rosario, concurría todas las noches a su casa un joven colegial de San Bartolomé, [Restrepo] a quien había hecho nombrar catedrático de filosofía de este colegio, y el cual iba a recibir cada noche de boca de Mutis la lección que debía explicar al siguiente día a sus discípulos”⁴⁵. En su relato, Vezga acababa de elogiar las reformas de la educación superior que introdujeron Mutis, los virreyes y el Fiscal: se había desterrado la escolástica y el viejo método de la *lectio, dictatio* y *disputatio*; se había eliminado el criterio de autoridad. No obstante, el gran mérito del joven catedrático era la docilidad con que aceptaba esta lección y su capacidad de dictarla a su vez⁴⁶. Como se ve, las palabras eran nuevas, los métodos, añejos.

EL DISCURSO DEL METODO Y EL ETHOS DEL SABER

Sigamos el curso de la palabra. Mutis difundió los nuevos logros de la astronomía, las matemáticas, la botánica, la medicina. Su discurso era una exégesis del método de la ciencia moderna: experimentación,

44 Caldas, 1978: 206. El subrayado es mío.

45 Vezga, 1860: 177.

46 Renán Silva que ha estudiado críticamente las reformas educativas del período, y ha mostrado las pugnas por el poder que agitaban los claustros universitarios, no llega a ver cómo el discurso mismo se convirtió en un instrumento de ascenso para los catedráticos, por estar fuera del dominio de los eclesiásticos, que como tanto insistía el Fiscal Francisco Antonio Moreno y Escandón, no se les permitía aprender y mucho menos enseñar. Silva se refiere al discurso de Restrepo, la Oración para el ingreso de los estudiantes de filosofía, pronunciada en Popayán en 1791, como una muestra de que esa ciudad se había convertido en un nuevo polo de impulso a la filosofía natural; Restrepo era un “consumado discípulo de aquella filosofía natural cuyo objeto Mutis había definido como ‘describir los fenómenos de la naturaleza, descubrir sus causas, exponer sus relaciones, y hacer descubrimientos sobre todo la constitución y orden del universo’”. Renán: 1984a, 232.